

INTRODUCCIÓN

Se acepta pacíficamente la distinción de tres grandes etapas en la investigación biomédica (IB): las dos primeras se realizan en laboratorio (in vitro) y con animales (in vivo). Después llega el ensayo clínico (en personas). Con este marco y el objetivo de investigar la comunicación en todo el proceso, las tres etapas, realicé un primer estudio centrado en la IB con animales. Concluido aquel proyecto, comprendí que convenía profundizar sólo en la segunda etapa. ¿Por qué? La IB con animales encierra complejidad en sí misma: constituye un entorno poliédrico en el que interactúan con influencias mutuas, al menos, los campos de la ciencia, la comunicación, la política y el dinero.

Esta obra busca respuestas a tres preguntas: ¿La investigación con animales suscita problemas de comunicación?, ¿una adecuada comunicación reduce la controversia social que este tema despierta? y ¿mantiene su vigencia el criterio de las 3R? Para responder, estas páginas procuran aproximar ciencia y comunicación en el ámbito de la IB con animales. En la medida en que tal propósito alcance un nivel integrador, podría propiciar otros proyectos que amplíen el análisis de la comunicación a las tres etapas de la IB.

Son varios los motivos de la elección de este tema: a) creciente interés y actualidad; b) es relativamente reciente su tratamiento comunicativo; c) este quehacer científico requiere, por una parte, el respeto de la dignidad humana en el uso de los seres creados y, por otra, el respeto que merecen los seres vivos, en general, y los animales, en particular.

Para comprobar el interés social que el tema suscita hoy basta un sencillo repaso a los titulares de noticias publicadas en periódicos de amplia difusión: «Seeking Alternatives to Animal-Derived Drugs» (*The New York Times*, 1 de abril de 2008) o «Ciencia a costa de sangre animal» (*El País*, 27 de enero de 2008).

Una aclaración introductoria permite fijar qué se quiere decir con la expresión más empleada en las páginas que siguen: «biomédica». Es el adjetivo de la medicina relacionada directamente con el paciente y basada en los principios de las ciencias naturales, como la biología o la bioquímica. Esto explica que una buena parte de los investigadores del campo biomédico no sean médicos —que se dedican a la asistencia clínica— sino biólogos, bioquímicos, farmacéuticos, etc.

Datos y contexto constituyen un *leitmotiv* de estas páginas para facilitar una comprensión cabal de la IB. De ahí la necesidad de incluir la lista de animales utilizados en IB: habitualmente se piensa en monos y es cierto que se emplean, pero apenas suponen el 0,5% de todos los animales de experimentación. Además, quizá muchos ciudadanos

ignoran que los avances de IB se han producido también gracias a los estudios en moscas, gusanos, cangrejos, pollos, calamares, sapos, ranas, peces, palomas, etc. En este sentido, ilustra la relación de Premios Nobel de Medicina que han conseguido tal galardón gracias a sus investigaciones desarrolladas en animales: 147 de los 189, es decir, el 78% de los laureados. De esta forma comenzaron terapias hoy aplicadas a pacientes y que han salvado o prolongado la vida a millones de personas (y también animales). Por citar algunas de las más conocidas y extendidas: trasplantes de órganos, insulina para diabéticos, transfusiones, anestesias, analgésicos, terapia génica y celular...

Esta investigación se ordena en 4 capítulos. El primero aproxima los conceptos y sujetos básicos de la comunicación biomédica. El segundo analiza los aspectos clave del mundo científico referido a la investigación con animales. Con ese contexto, el capítulo 3 profundiza en la dimensión pública de la actividad investigadora, tanto en su ámbito informativo como en el legal. Por último, el estudio de tres instituciones muestra el modo de gestionar la comunicación, según se trate de un centro de investigación, una entidad favorable al uso de animales o una contraria.

El método combina fuentes bibliográficas y legales, documentación y análisis de datos empíricos, visitas a centros de IB y encuentros personales con científicos y responsables de Comunicación, sobre todo, en EE.UU. Mención especial y agradecimiento expreso merece el National Cancer Institute (NCI), en el área metropolitana de Washington DC. La directora de Comunicación del NCI, Nelvis Castro, y su equipo me permitieron ver aplicado lo propuesto en sus manuales de actuación. Además, fueron estimulantes las entrevistas en Boston con Alain Dittrich, presidente de la Massachusetts Society for Medical Research; y Rick Gulla, director de Comunicación de la Massachusetts Medical Society. También enriquecieron mi conocimiento práctico las conversaciones en Nueva York (Memorial Sloan Kettering Cancer Center, Mount Sinai Medical Center, Columbia Medical Center, New York Medical College), Boston (Harvard, MIT, Dana-Farber Cancer Institute, Whitehead Institute, Massachusetts General Hospital) y Londres (Institute of Neurology y University College London). En la capital británica Barbara Davis, directora de Comunicación de la entonces Research Defence Society (RDS), me facilitó información de singular utilidad para esta investigación, pues la RDS resultó una fuente clave.

Sería prolija la lista de personas a las que agradecer su aportación de ideas o fuentes. En el caso de diarios norteamericanos, reitero mi gratitud a Nicholas Wade (*The New York Times*) y Sharon Begley (*The Wall Street Journal*). En España debo mencionar a *Diario Médico*.

Mi agradecimiento sería incompleto si no mencionara a mi familia, auténtico *laboratorio* de la ciencia más humana in vivo; al profesor Alfonso Nieto, maestro del estímulo y la amable exigencia; a Jesús C. Díaz, jefe y ejemplo de paciencia y comprensión; al equipo de Comunicación Institucional de la Universidad de Navarra, de quienes he aprendido tantas lecciones de categoría humana y profesional; a mi colega Natalia Horstmann y los investigadores del CIMA, que saben disculpar la ignorancia de alguien de Letras en su mundo de Ciencias; y al alma mater donde aprendí que el *currículum vitae* empieza por querer saber y culmina con saber querer.

«Si quieres ir rápido, camina solo; si quieres llegar lejos, camina en grupo». La sabiduría de este dicho africano me animó a buscar unos compañeros de viaje que

protegieran mi incursión comunicativa en el ámbito de la ciencia biomédica. Por ello quisiera expresar un agradecimiento particular a los científicos que han tenido la amabilidad de leer el último borrador de la investigación y puntualizar algunas observaciones que he tenido en cuenta en la versión final: el neurólogo José Obeso, el experto en bioética Antonio Pardo, el hematólogo Maurizio Bendandi, el especialista en genética del cáncer Javier Sáez Castresana, la bióloga Olga Ezpeleta y el veterinario Javier Guillén.

Una de las lecciones elementales que he aprendido es restringir todo lo posible lo que se puede dar por supuesto. Así lo experimenté en el diálogo que mantuve con una investigadora a la que pregunté en qué área trabajaba. En Oncología, me respondió. Al preguntarme por mi ocupación y contestarle que me dedicaba a la Comunicación, ella precisó: «¿Comunicación celular?».

Simplificar lo complejo y no complicar lo sencillo me parecía fácil. Compruebo que enunciar tal objetivo resulta mucho más factible que practicarlo. Aun así, me sigue pareciendo retador y razonablemente alcanzable. Este desafío exige honradez para buscar la verdad y habilidad para transmitirla, lo que requiere sensibilidad para gestionar las percepciones del público y maestría para emplear el lenguaje apropiado. Precisamente la dificultad de utilizar con precisión tanto el significado como el sentido de las palabras y expresiones es la causa de que este trabajo incluya tantas y, en ocasiones, tan extensas notas con versiones originales en inglés.

Además, sumidos en la vorágine de atinar con lo instrumental es fácil ocultar o desdibujar lo esencial de la comunicación biomédica. Podemos olvidar que estamos hablando de la enfermedad, el dolor y la muerte, o sea, la vida de las personas.

Madrid, abril de 2009